

mis mejillas á los que me arrancaban el pelo de la barba; no he ocultado mi rostro á los que me cubrían de injurias y salivas."¹ No se dejará, dice el profeta, conducir hasta el desfallecimiento y desconcierto de la muerte, sino hasta dejar establecida la justicia sobre la tierra.² El, dice el salmista, liberará al indigente que clamare á él, y al pobre también, y al que no tenga protector. Rescatará sus almas de la violencia y de la decepción, y la sangre de ellos será preciosa á sus ojos. Los hombres serán bendecidos en él, y todos los pueblos le llamarán *Bendito del Señor*.³

¿Qué circunstanciadamente pintan los profetas el cuadro misterioso y sublime de sus padecimientos y de su muerte! "Ha crecido, dice Isaías, como una tierna planta."⁴ Ha crecido en Jerusalén, dice Zacarías, en un humilde triunfo, "sentado en una vil cabalgadura: ha sido entregado por treinta dineros; herido con varas, dice David, y vituperado: le han escupido á la cara; sus pies y sus manos han sido clavados, y sin embargo, ninguno de sus huesos ha sido roto: le han dado á beber hiel y vinagre; sus vestiduras fueron repartidas, y su túnica echada en suerte."⁵ Todas estas circunstancias, así como el género de su muerte y su sepultura, están menudamente anunciadas: su resurrección gloriosa, sin que su cuerpo hubiese participado de la corrupción del sepulcro,⁶ todo ha sido exactamente anunciado y literalmente cumplido. Los tres últimos versos del capítulo LII, y todo el capítulo LIII de Isaías, escritos mas de setecientos años ántes de Jesucristo, son una profecía continua, que por la minuciosidad extrema con que refiere los hechos futuros, mas parece ser una verdadera, exacta y puntual historia de las acciones, de los padecimientos y de la muerte de Jesucristo. Aquí se ve que Jesús será desechado de los judíos: su humanidad, su dulzura, su aflicción y su agonía están allí descritas.

Allí se predice que no se dará crédito á sus palabras; que estará sumergido en la humillación, en la abyección mas profunda; que su dolor será inmenso; que su rostro y todo su

1 El mismo, cap. L, v. 6.

2 El mismo, cap. XLII, v. 4.

3 Ps. LXXI, vv. 12, 14 y 17.

4 Isaías, cap. LIII, v. 2.

5 Zach., cap. XI, vv. 12 y 13.

6 Ps. XXI, vv. 17, 18, 19 y otros.

7 Isaías, cap. LIII, v. 9.

8 Ps. XV, v. 10.

cuerpo estarán cubiertos de oprobios tan grandes, como jamás los habrán sufrido los hijos de los hombres; que la víctima no desplegará sus labios, sino para interceder en favor de los mismos delincuentes. "Por una oposición directísima, observa mui á propósito Keiti, á la conducta ordinaria de la Providencia, esta profecía nos muestra á la inocencia immaculada padeciendo por orden del cielo; nos presenta su muerte como una consecuencia de la obediencia mas cumplida; al fiel servidor de Dios, como olvidado de sí mismo; á un justo perfectamente irreprochable, echando sobre sí la pena que corresponde á una multitud de culpables, purificando con la virtud de su sacrificio á las naciones y sus iniquidades, y justificando un grande número de hombres por el conocimiento de su nombre."¹

Sería necesario exceder con mucho la medida que nos impone el carácter de nuestro plan, para decir todavía algo de lo mucho que registramos en los libros de los Profetas. La sola prueba de la divinidad de Jesucristo fundada en las predicciones de estos santos personajes, ocuparía sin prohibición volúmenes enteros. Pero es un atributo exclusivo de ciertas verdades brillar lo mismo en lo pequeño que en lo grande; y esas nociones evangélicas felizmente divulgadas hasta en las clases mas humildes de la sociedad, bastan para comprender, que desde el nacimiento hasta la muerte de Jesucristo, todo estaba minuciosamente anunciado y todo quedó exactísimamente cumplido.

CAPITULO VII.

FIGURAS DE JESUCRISTO.

El Redentor del género humano fué anunciado al antiguo pueblo, no solamente por la voz de todos los profetas, sino por los mismos acontecimientos de su historia, por los pasajes mas notables de la vida y de la muerte de algunos hombres célebres. Este género de anuncios, que consisten menos en las palabras que en los hechos, se conocen con el nombre de *figuras*; y si una ú otra en particular no produciría mas que algunos datos de probabilidad; la perfecta semejanza de cada figura, el enlace histórico de todas ellas, el concepto que formó siempre la nación judía por espacio de

1 Obra citada, cap. II.

cuarenta siglos, la puntual correspondencia que se reconoce entre ellas y Jesucristo, las explicaciones satisfactorias que los Padres y los mas esclarecidos sabios del cristianismo han hecho sobre esto, todo nos conduce á la conviccion, haciéndonos reconocer en las figuras un órden diverso de profecías, que atestiguan con la misma fuerza la mision divina del Hombre-Dios, á quien se refieren. Veamos pues algunas de estas figuras, comparando en este punto el Antiguo con el Nuevo Testamento.

§. I.

Desde Adan hasta Abraham.

Comenzando por Adan, se nota desde luego una semejanza en que insistia con bastante frecuencia el apóstol San Pablo. De él nos vinieron la vida y la muerte; de Jesucristo nos ha venido una vida eterna: circunstancia por la cual se miró el primero como figura de Cristo, y por qué se ha dado al Mesías el nombre de *segundo Adan*. Eva recibió la vida de Adan, como la Iglesia la recibió de Jesucristo. Eva fué sacada de la costilla de Adan, así como del costado de Jesucristo salieron la agua y la sangre; como si dijésemos, nuestra regeneracion y la garantía de nuestra inmortalidad.

Abel el justo, aborrecido de su hermano Cain, á causa del testimonio que Dios daba de su piedad, es conducido fuera de su albergue, y muerto por Cain: Jesucristo, la santidad misma, reconocido Hijo de Dios por su mismo Padre celestial, sufrió los mismos odios, la misma persecucion y muerte de parte de los judios, sus hermanos segun la carne. La sangre de Abel levantó al cielo un clamor de venganza contra el fratricida; y este, maldito de Dios, fué condenado á errar por la tierra durante su vida: la de Jesucristo, aunque destinada á la libertad de los pecadores, no dejó de precipitar la justicia del cielo contra aquellos insensatos que en el furor de su rabia frenética clamaban insolentes: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*; ¹ y estos cuentan ya diez y ocho siglos de gemir bajo el poder vengador de este anatema, errantes por todos los paises, como el primer asesino, y cargados con el odio de todo el universo. Cain llevaba sobre su frente una señal que, sin librarle del odio, le sirviese de proteccion invisible: los judios, por un

1 Math. cap. XXVII, V 25.

efecto singular de la Providencia, subsisten entre todas las naciones, á pesar del menosprecio y odio que á todas partes les persigue, y de los esfuerzos que se han hecho para acabar con ellos.

Enoch y Elías son arrebatados al cielo en cuerpo y alma, el uno bajo la economía patriarcal, y el otro bajo el régimen legal: ambos son una figura mui característica de la ascension de Jesucristo á la gloria.

Noe, predicador de la justicia en el mundo antediluviano, y padre del mundo renovado, salva la Iglesia por la agua: conducta y hecho que exactamente corresponden ahora, como advierte San Pedro, al bautismo que nos regenera y que nos salva.

Melchisedec, rei de justicia, rei de paz, permanece sacrificador para siempre; y esta figura de Jesucristo se halla reconocida entre los profetas y entre los apóstoles, inspiró al genio del salmista y fué mostrada por San Pablo á los hebreos.

A continuacion de esta serie se nos presenta Abraham, como el amigo de Dios, el padre de los fieles, el heredero del mundo; titulos que le da el mismo apóstol, para representar en él á la persona del Mesías, único á quien podian convenirle, pues que propia y literalmente hablando, no es Abraham sino Jesucristo aquel en quien habian de ser benditas todas las naciones de la tierra. Pasemos adelante.

§. II.

Isac.

Abraham recibió del cielo una órden de inmolar á su hijo unigénito; Jesucristo, inmolado por nosotros, es tambien el Hijo único del Eterno Padre. Abraham se adelantó con Isac á la montaña de Moria, lugar destinado á la consumacion del sacrificio doloroso. Esta montaña estaba dividida en varias colinas, y una de estas colinas, donde á juicio de muchos autores iba á ser sacrificado Isac, es el mismo Calvario donde Jesucristo fué inmolado por la salud de los hombres. Isac llevaba en sus hombros la leña de su sacrificio; Jesus en los suyos el instrumento de su muerte. Isac consintió libremente en su inmolation; pero llevaba ligaduras, como si no hubiera de ser sacrificado por su voluntad; Jesus, que dió su vida con una libertad soberana, está clavado en la Cruz, á fin de que su sacrificio muestre á lo exterior el humillante aparato de un suplicio forzado. Aunque habia

la costumbre de no tender las víctimas, sino después de haber sido degolladas, Isac fué una excepción de esta regla, porque su padre le extendió sobre el madero para su inmolación. ¿Cómo explicar esta singularidad, principalmente si se reflexiona que el sacrificio de Isac no tuvo efecto? De una manera muy sencilla: era Isac la imagen vivísima de aquella víctima eterna, cuyo altar de sacrificio había de ser un madero, y la cual había de ser enclavada en la cruz para morir en ella. Abraham era padre; nunca dejó de amar á su hijo: su piedad era de tal naturaleza, que podía erigirse en un modelo; y sin embargo, haciendo á un lado todos estos sentimientos de la naturaleza, y ahogando en su pecho las tiernas y ardientes emociones de su sensibilidad paternal, cede sin réplica ni exámen á la voz que baja de las alturas, y coloca con sus propias manos sobre las espaldas de su hijo el fatal combustible que había de devorarle: el Padre Eterno reconoce á Jesus en el Tabor, no solo por su Hijo único, sino por el centro de su amor y el objeto querido de sus divinas complacencias; y sin embargo, colocando sobre este mismo amor el eterno é irrevocable decreto de su muerte, oprime sus hombros con el madero de su suplicio, y siempre atento á este grande fin, permanece inflexible hasta verle exhalar el último suspiro. Finalmente, Isac y Jesus obedecen hasta la muerte, y sobreviven ambos á su sacrificio; con esta diferencia, que la inmolación y resurrección del primero no pasan sino en figura, al paso que Jesucristo muere de hecho, y de hecho también vuelve á tomar la vida.

§. III.

José.

¿Qué diremos de la historia de José? Reconocer á su vista que no se trata en ella sino de presentar anticipadamente una recapitulación sumaria de todos los caracteres que constituyen la verdadera historia de Jesucristo. José es aborrecido de sus hermanos, porque les acusa de un gran crimen, por el singular amor que le tiene á su padre y porque les hace un anuncio solemne de la gloria futura que él propio debe gozar; Jesucristo reporta el odio encarnizado de los judíos, porque les reprende sus vicios, se les muestra como el Hijo amado de Dios, y les anuncia que un día le han de ver sentado á la diestra de su Padre. Enviado el primero por su padre hacía sus hermanos, que se hallaban distantes, no encontró en ellos otros sentimientos que los que en-

vuelve la mas negra conspiración contra su vida; y de hecho es vendido por veinte monedas de plata, y entregado por sus propios hermanos á los extranjeros. ¿Quién no reconoce aquí á Jesus, encaminándose por orden de su Padre hacía las ovejas perdidas de la casa de Israel, hecho el blanco de un designio de muerte que forman los judíos, vendido por treinta monedas de plata, y entregado á los romanos por los judíos! La ropa de José está teñida de sangre, símbolo de la muerte que había de sufrir la Santa Humanidad de Jesus. Sufre el primero, sin defensa ni amparo, la condenación que contra él pronuncia Putifar; como el segundo soporta en silencio, sin que nadie se apreste á defenderle, la sentencia de muerte que suscribe Pilato. Colocado el primero entre dos criminales, anuncia su elevación al uno, y predice su muerte al otro: colocado el segundo entre dos ladrones, abre al uno las puertas del paraíso, y deja morir al otro en su impenitencia. Tres días permanece Jesus en el sepulcro, como José en su prisión; y por el sendero de los padecimientos penetra, como aquel, por el camino de las humillaciones hasta el recinto augusto de la gloria. José es establecido gefe sobre la casa de Faraon y sobre todo el Egipto; Jesus hecho Gefe de toda la Iglesia, recibe desde allí los tributos de obediencia de toda criatura. Apellidan á José: Salvador del mundo: no significa otra cosa la palabra Jesus. Al nombre de Jesucristo, como á la presencia de José, se dobla toda rodilla. No hai mas que hambre y desolación fuera de Egipto, donde José gobierna; no hai verdad ni gracia fuera de la Iglesia, donde reina Jesucristo. Todos los que piden gracia, no pueden obtenerla de Faraon, sin haberla obtenido de José; del mismo modo que en la militante Iglesia, no hai gracia ni salvación sino por medio de Jesucristo. Todas las provincias vienen á Egipto para buscar el trigo; todas las naciones entran en la Iglesia para descubrir y alcanzar en ella la salud. Los hermanos de José llegan á él, por último, le reconocen, le adoran, se establecen en Egipto; un día debe llegar en que los judíos, iluminados y arrepentidos, volverán á Jesucristo y le reconocerán por el Mesias, y le adorarán como Dios, y entrarán por fin en el recinto de su Iglesia.

Hemos presentado un cuadro comparativo entre José y Jesucristo; y basta recorrerle, sin duda, para reconocer en él el doble prodigio de una vida profética y una profecía literalmente cumplida. “¿Seria posible, dice el sabio Rollin, “ que una mera casualidad hubiese reunido con tal orden “ tantos rasgos de semejanza, tan diferentes entre sí, y al

“ mismo tiempo tan naturales? Esto sería tanto como afirmar, que el retrato mas propio y mas perfectamente acabado debía reputarse como un efecto simple de la casualidad. Es visible que una mano inteligente ha distribuido y aplicado á propósito todos estos colores, con el fin de formar por su feliz empleo una pintura perfecta; y que al recopilar Dios en la sola vida de José tantas circunstancias características, se propuso nada ménos que pintar allí los principales sucesos de la vida de su Hijo. Detenerse en la mera superficie que aquella vida presenta, sin profundizar al mismo tiempo el sentido encubierto y misterioso que constituye su parte mas esencial, sería sin duda no conocer sino á medias la historia de José, siendo por otra parte muy notorio, que Jesucristo es el fin de la lei y de todas las Escrituras.”¹

§. IV.

Job.

Si de aquí pasamos á considerar la vida y los padecimientos de aquel hombre misterioso, que desde la altura de su genio, de su saber prodigioso, de su numerosa familia, de su opulento patrimonio, bajo repentinamente al teatro de las tribulaciones, sufrió una pérdida universal, agotó hasta las heces el cáliz del dolor, hecho el asco, la ignominia y la repulsa de todos los hombres, hasta el extremo de prorumpir, al impulso de un sentimiento que no estaba sujeto á su corazon, en execraciones sublimes contra el primer día que alumbró su existencia, para reconquistar como por encanto despues cuantos bienes habia perdido, para sufrir una segunda mudanza misteriosa, y hacer, digámoslo así, una especie de resurreccion, ¿no reconocemos al punto á Jesucristo? ¿Qué figura mas colosal y visible, qué semejanza mas perfecta, qué retrato mas pormenorizado y fiel de Jesucristo, que Job?

§. V.

Moises, Josué, Sanson, David, Salomon.

Moises libertando á Israel de Egipto, como Jesucristo á su Iglesia; Josué poniendo á los Israelitas en posesion de la

¹ Rollin. *Traité des études*. Lib. VI, part. II, chap. II, art. 1.

tierra santa, como Jesucristo á las naciones en el goce de su reino; Sanson venciendo á todos sus enemigos al morir, como Jesucristo poniendo con su último suspiro en su mas alto colmo sus triunfos y su gloria; David meciéndose en la cuna de los pastores, para colocarse luego bajo el sόlo, como Jesucristo saliendo del establo de Belen al incontrastable trono de la Iglesia, que ha puesto el suave yugo tributario del cielo sobre todas las naciones; Salomon en su reino pacífico y glorioso, como Jesucristo en la claridad eterna de su imperio; Jonas encerrado tres días y tres noches en el vientre de una ballena, como Jesucristo en el sepulcro: todas estas cosas nos representan al Mesías con una divinidad reconocida siglos y siglos ántes de su nacimiento, como el rei de la plenitud, como el árbitro de la fe, el dueño único de la gracia y de la gloria.

§. VI.

Conclusion.

“ Así es cómo en muchas épocas, dice muy á propósito un célebre escritor, se reconocen y admiran, figuradas proféticamente y representadas por muchos personajes, diversas particularidades concernientes á la vida y muerte de Jesucristo; pero hai mas todavía: porque vemos al mismo tiempo una figura permanente, y como un tipo cotidiano del Mesías en la persona del gran Sacerdote bajo la lei. Entra este en el santo de los santos, tan solo una vez cada año, conduciendo en sus manos la sangre del gran sacrificio de propiciacion; entra solo para expiar los pecados del pueblo. ¿Y no es esta una representacion fiel y animada del ministerio de nuestro gran sacerdote, entrando en el cielo una vez por todas, entrando con su propia sangre, y para expiar los pecados de todo el género humano? He aquí un objeto en que se detiene muy largamente el Apóstol San Pablo en su epístola á los hebreos.....
.....
He aquí una serie de analogías tan perfectas, que pueden presentarse con confianza, concluye el referido autor, como un argumento de certidumbre; certidumbre no ménos infalible que la que reposa en el testimonio de los sentidos; certidumbre, por último, que en mi concepto, excluye la pretension de una certidumbre mas grande.”¹

¹ *Lesleí*. La vérité de la religion chrétienne démontrée. §. XXII. núm. XIII.

No nos extenderemos mas. Ya hemos dicho que no se trata aquí de remotas y casuales analogías, destinadas únicamente á electrizar la imaginación de los poetas; sino de semejanzas perfectísimas, que reproduciéndose de tiempo en tiempo por el espacio de cuarenta siglos, y siempre con una misteriosa exactitud, fuerzan á la razón mas rebelde á reconocer en ellas el verdadero tipo de un argumento profético, y á confesar de buena fe, que la historia del Antiguo y Nuevo Testamento sale muy mucho de la comun esfera, es de un orden eminentemente singular, tiene el sello divino en todas sus páginas, y léjos de mirarse como una reseña de acontecimientos que han pasado sin designio y sin orden, debe reconocerse como la historia de lo pasado y de lo futuro, como un espejo doble, si así podemos llamarle, que muestra juntos á la vista del espectador, dos reinos, dos pueblos, dos leyes, dos épocas; y en que tan fácil es recorrer los acontecimientos que llenan el curso de los cuatro mil años que precedieron al Mesías, como anticiparse las noticias históricas de todos los sucesos posteriores que llenan hasta hoy la carrera de diez y nueve siglos, que ya cuenta nuestra Era.

CAPITULO VIII.

TESTIMONIOS DEL NUEVO TESTAMENTO.

Los testimonios del Nuevo Testamento pueden referirse en general á la vida de Jesucristo, al carácter de su doctrina y á su gloriosa resurrección. A estos tres puntos cardinales se refieren inconcusamente las muchas y diversas pruebas que en los libros del Evangelio, minero fecundo é inagotable de principios, de máximas y de sentimientos, han recogido y recogen todos los dias, desde el principio de nuestra Era hasta hoy, todos esos grandes ingenios que han ilustrado la sociedad, honrado la Iglesia y adquirido para sí una brillante celebridad con el noble título de apologistas del cristianismo. A no considerar aquí los libros del Nuevo Testamento, sino bajo esta única relación genérica con los talentos y la gloria literaria de los primeros genios de la edad moderna, esto solo bastaría sin duda para proclamarlos por una obra divina, y reconocer como Hijo de Dios al sublime personaje que les dió la materia. Por mucho que se profundice sobre el carácter é influjo de los acontecimientos puramente humanos, por largamente que se discorra sobre la vida y los

hechos de los grandes de la tierra, por especial esmero que se ponga en reunir en un punto los bellos pormenores de una conducta irrepreensible, pero que no traspasa los términos de la posibilidad humana, en el vario sistema de las virtudes y de los vicios; todo queda rápidamente presentado y perfectamente definido, á pocos pasos del talento y de la ciencia. Detiénese á muy poco la pluma del historiador; y se embota la penetración del filósofo, y enmudece ó fastidia la voz de la elocuencia. Cuando vemos pues este pequeño libro que con tantos sentimientos y verdades ha sostenido por el espacio de mil ochocientos años, el interés de toda la especie humana, que fecunda sin cesar el talento del sabio, que va siempre delante de la civilización de los pueblos, que varía incesantemente, sin menoscabo de su fondo, el aspecto de las cuestiones morales y políticas, que afirma en cualquiera buena combinación las instituciones sociales, que mantiene siempre dispuesta la luz para disipar esas tinieblas que estorban frecuentemente la marcha de la razón en el orden filosófico, político y moral: cuando vemos que un solo hombre ha suministrado la materia para este libro; y que este solo hombre, sin haber cursado las escuelas, sin haberse medido en la cana de los príncipes, sin haber tenido ni donde reclinarse su cabeza, regeneró la razón con la luz de su doctrina, enfrenó el poder con la fuerza de su moral, y conquistó al mundo con el misterio de su muerte; no necesitamos por cierto de ser unos entusiastas de la fe, para reconocer en tal libro el sello de la divinidad. Hablen por nosotros los incrédulos; y dejemos al mas célebre de los deístas, que en el desahogo sublime de una irresistible admiración, pague un solemne tributo á la verdad, y sufrague con su voto por la divinidad del Evangelio y la del personaje que le dió la materia. Se ha repetido por muchos esta cita; pero tal circunstancia no será un retraente para nosotros. Nunca será bastante repetido un pasaje en que la elocuencia del filósofo de Ginebra parece excederse á sí misma, tal vez para que comprendamos, que el genio nunca aparece tan grande, como cuando está sostenido por la fe é inspirado por la religión. Oigamos pues sus palabras.

“Este divino libro, el mas necesario á un cristiano, y el
 “mas útil de todos, aun para aquellos que no lo son, con so-
 “lo meditarle basta para imprimirse en el alma el amor mas
 “grande hácia su autor, y la voluntad de cumplir sus pre-
 “ceptos. Jamás se ha expresado la mas perfecta sabiduría
 “en un lenguaje tan dulce, ni con tanta energía y simplici-
 “dad: jamás se deja la lectura de este precioso libro sin ex-

“ perimentar alguna mejora que proviene de ella. Los libros de los filósofos con toda su pompa, ¡cuán pequeños son todos al lado de aquel! ¡Puede creerse que un libro tan sabio, y al mismo tiempo tan sublime, sea obra de hombres, y que el que ha escrito aquella maravillosa historia no sea mas que hombre? ¡Observa en ella el estilo de un entusiasta ó de un sectario ambicioso! ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia tan persuasiva en sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de espíritu! ¡qué delicadeza y qué justicia reina en sus respuestas! Y por último, ¡qué imperio sobre todas las pasiones! ¡Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sepa obrar, padecer y morir á un mismo tiempo sin flaqueza y sin ostentacion? Cuando Platon describe á su Justo imaginario, cubierto de todo el oprobio del crimen, pero digno de todo el premio de la virtud, pinta rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan perfecta, que todos los padres la han reconocido, y que no es posible equivocarse. Pero ¡qué preocupacion y que ceguedad no son necesarias, para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el Hijo de María! ¡Qué distancia tan inmensa entre uno y otro! Sócrates, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene dignamente su carácter hasta el fin; y si esta muerte, fácil y dulce en cierto modo, no hubiese honrado su vida, se dudaria si Sócrates, con toda su sabiduría, fué otra cosa que un sofista. Se dice que inventó la moral; pero otros ántes que él la habian ya practicado: él no hizo mas que decir lo que aquellos habian hecho, y reducir á lecciones sus ejemplos. Aristides habia sido justo, ántes que Sócrates dijese qué cosa era la justicia. Leonidas habia muerto por su patria, ántes que aquel enseñase que era un deber hacerlo. Esparta fué sobria ántes que Sócrates hubiese elogiado la sobriedad; y últimamente, ántes que este hubiese alabado la virtud, la Grecia abundaba en hombres virtuosos. Pero Jesus, ¡dónde habia aprendido entre los suyos una moral tan pura y tan sublime, de que él solo dió las lecciones y el ejemplo! Desde el seno del mas furioso fanatismo se eleva y hace escuchar la mas alta sabiduría; toda la grata sencillez de las mas heróicas virtudes honra al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la mas dulce que se puede desear; mas la de Jesus, espirando en medio de los tormentos, injuriado, escarnecido y aun maldecido de todo

“ un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates tomando la emponzoñada copa, bendice á quien se la presenta llorando su desgracia: Jesus, en medio de un horroroso suplicio, pide por sus encarnizados verdugos. Por último, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio; la de Jesus es de un Dios. ¡Dirémos que la historia del Evangelio ha sido inventada para el recreo! No es así como se inventa; y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están ménos comprobados que los de Jesucristo. Por lo demas, esto seria retraer la dificultad sin destruirla; porque seria mas inconcebible que muchos hombres hubiesen forjado desde luego este libro, que el que uno solo haya suministrado la materia para que se escribiese. Jamas hubieran hallado los autores judíos un lenguaje ni una moral tan pura; y el Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan admirables y tan absolutamente imitables, que el inventor seria mas digno de admiracion que el héroe.”

Esto bastaria, repetimos, para los hombres que tengan conocimiento de la historia de Jesucristo y de su Evangelio; pero como nos dirigimos á la clase mas numerosa de la sociedad, y nos proponemos iniciar á la juventud estudiosa en la economía de las pruebas de la divinidad del Mesías, haremos algunas reflexiones fundadas en el testimonio del Nuevo Testamento, y referidas, primero, á la vida de Jesucristo; segundo, al carácter de su doctrina; tercero, á su resurreccion gloriosa.

CAPITULO IX.

PRUEBAS TOMADAS DE LA VIDA DE JESUCRISTO.

En la vida de Jesucristo brillan los caracteres de la Divinidad, ya se atiende en particular á sus pormenores, ya se considere el vasto conjunto que presentan. Aun no veia la primera luz, y prodigios mui singulares le hacen esperar como un enviado del cielo. El ángel Gabriel anuncia su alumbramiento á la madre del Precursor. Estéril y anciana, Isabel no podia concebir: su esposo Zacarías duda por tanto; y por un nuevo misterio, esta duda le hace perder inmediatamente el habla, para no recobrarla sino despues de haber designado él mismo, de un modo profético, y con signos es-